

# El traje amarillo mostaza

## Sylvia Plath

Max Nix tenía siete años y era el menor de siete hermanos. Primero estaba Paul, el mayor y el más alto de los siete. Después estaba Emil. Luego Otto y Walter y Hugo y Johann.

Al final estaba Max. El nombre completo de Max era Maximiliano, pero no necesitaba un nombre tan grande porque solo tenía siete años. Así que todo mundo le decía Max.

Max vivía con Mamá y Papá Nix y sus seis hermanos en un pueblo llamado Winkelburgo, a las faldas de una montaña empinada. La montaña tenía tres picos y en invierno y en verano había en cada pico capas de nieve como tres grandes bolas de helado de vainilla. En las noches, cuando la luna se ponía redonda y brillante como un globo anaranjado, podías escuchar a los zorros ladrar en el oscuro bosque de pinos más allá de la casa de Max. En los días despejados y soleados podías ver el río titilando a lo lejos, muy por debajo del valle, pequeño y angosto como un listón plateado.

A Max le gustaba el lugar donde vivía.

Max estaba feliz, excepto por una cosa.

Más que nada en el mundo, Max deseaba tener un traje.

Tenía un suéter verde y calcetas de lana verdes y un sombrero de caza de fieltro verde con una pluma de pavo. Incluso tenía un buen par de pantalones de piel con botones tallados en hueso. Pero todo mundo sabe que un suéter y un par de pantalones no son lo mismo que un traje, un traje hecho a la medida con pantalones largos y una chaqueta que le haga juego.

A donde Max Nix volteara a ver en Winkelburgo, al este y al oeste, al norte y al sur, arriba y abajo y alrededor, veía personas usando trajes. Algunos usaban trajes para el trabajo y estos eran muy resistentes de telas color café o gris. Algunos usaban trajes con chalecos de seda a rayas. Algunos usaban trajes para esquiar y estos eran de un azul brillante o eran trajes rojos con líneas de copos de nieve o flores de las nieves bordadas en los puños y en el cuello.

Algunos usaban trajes de verano de lino, blancos y bien planchados como una hoja de papel. Papá Nix y Paul y Emil y Otto y Walter y Hugo y Johann tenían trajes. Todos en la montaña tenían algún tipo de traje excepto Max.

Max no quería un traje solo para el trabajo  
(ese sería muy simple)

O solo para las bodas  
(ese sería muy elegante)

O solo para esquiar  
(ese sería muy caliente)

O solo para el verano  
(ese sería muy fresco).

Quería un traje para toda ocasión.

Quería un traje para hacerlo TODO.

No un traje demasiado sencillo para cumpleaños y días festivos, ni demasiado elegante para ir a la escuela y para traer a las vacas a casa. Ni un traje demasiado caliente para salir de excursión en julio y ni uno demasiado fresco para deslizarse en la nieve.

Si Max tuviera un traje para toda ocasión, el carnicero y el panadero, el pescador y el profesor, el herrero y el carpintero, el cartero y el bombero, la dentista y la florista, el soldado y el abogado y todos en Winkelburgo se asomarían a la puerta y a la ventana cuando él pasara por la calle. “¡Miren!”, murmurarían entre ellos. “¡Ahí va Maximiliano en su maravilloso traje!”.

Si Max tuviera un traje para toda ocasión, los gatos en los callejones y los perros en las calles adoquinadas de Winkelburgo lo seguirían de aquí a allá, ronroneando y gruñendo con admiración.

Ese era el tipo de cosas con las que Max soñaba el día que el cartero de Winkelburgo tocó a la puerta de los Nix y entregó un gran paquete.

El paquete tenía la forma de una caja larga y plana.

Estaba envuelto con papel grueso y color café.

Estaba atado con un cordón rojo.

Max deletreó N-I-X en letras negras escritas en el paquete. El primer nombre se había borrado con la lluvia y ni el cartero de Winkelburgo pudo leerlo. Así que nadie supo a qué Nix estaba dirigido el paquete.

Podría ser para Papá Nix, para Paul o Emil, Otto o Walter, Hugo o Johann. Inclusive podría ser para Max. Nadie podría estar seguro.

Mamá Nix acababa de hornear tartitas de chabacano. Todos se sentaron en la mesa, pensando para quién podría ser el paquete y quién lo había enviado y qué contenía y a comer las tartitas de chabacano una por una.

No eran épocas navideñas, así que no era un regalo de Navidad.

No se acercaba el cumpleaños de nadie, así que no era un regalo de cumpleaños.

Por fin se acabaron todas las tartitas de chabacano y aún nadie podía adivinar qué había en el paquete.

“Es demasiado **corto**”, dijo Paul, “para ser un par de esquíes”.

“Es demasiado **pequeño**”, dijo Emil, “para ser un trineo”.

“Es demasiado **ligero**”, dijo Otto, levantando con facilidad el paquete, “para ser una bicicleta”.

“Es demasiado **ancho**”, dijo Walter, “para ser una caña de pescar”.

“Es demasiado **largo**”, dijo Hugo, “para ser una navaja de caza”.

Johann puso su oreja en el paquete y lo sacudió poquito.

“Es demasiado

**ligerísimo**

dijo, “para ser un cencerro”.

Max no dijo nada. Es demasiado bueno, pensó para sí mismo, para ser para mí.

“Hay que abrirlo”, dijeron todos.

Papá Nix desató el cordón rojo. Mamá Nix desenvolvió el papel café. Dentro del papel café había una caja de cartón gris. Paul levantó la tapa de la caja. Dentro de la caja gris había mucho papel de China. Emil y Otto y Walter y Hugo y Johann y Max ayudaron a quitar el papel. Y ahí en la caja gris envuelto en tanto papel había un

*traje*

de lana

AMARILLO MOSTAZA

suave

nuevecito

con tres botones de bronce brillantes como espejos al frente y dos botones de bronce en la espalda y un botón de bronce en cada puño.

Todos los siete hermanos desearon ser el dueño de tal traje.

“Qué traje tan raro”, dijo Papá Nix, “nunca había visto nada como esto”.

“Está hecho con tela de muy buena calidad”, dijo Mamá Nix, frotando la lana amarilla entre sus dedos.  
“Este traje no se desgastará tan fácilmente”.

“¡Es un hermoso traje!”, dijo Paul.

“¡Ligero como una pluma!”, dijo Emil.

“¡Brillante como la mantequilla!”, dijo Otto.

“¡Cálido como el pan tostado!”, dijo Walter.

“¡Simplemente estupendo!”, dijo Hugo.

“¡Genial!”, dijo Johann.

“¡Ay!”, dijo Max.

Pero el traje se veía como que podría ser de la talla de Papá Nix. Así que Papá Nix se lo probó. La chaqueta era lo suficientemente amplia y los pantalones eran lo suficientemente largos. El traje le quedaba como pintadito a Papá Nix.

“Debería usar este traje mañana para ir al trabajo”, dijo.

Papá Nix trabajaba en un banco. Pensó cómo sería usar un traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito para el trabajo. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué diría la gente? Quizá pensarían que el traje era demasiado llamativo para un banquero. Esos botones de bronce brillarían como grandes monedas. Todos los demás banqueros usaban trajes azul oscuro o gris oscuro. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza.

Al fin Papá Nix suspiró y dijo: “Estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza”.

Paul contuvo la respiración. “Le daré el traje a Paul”, dijo Papá Nix.

Entonces Paul se probó el traje amarillo mostaza. Paul era tan alto como Papá Nix, así que los pantalones eran del largo correcto. Él no era tan robusto como Papá Nix, por lo tanto, la chaqueta le quedaba un poco grande, suelta de los lados. Pero Mamá Nix era hábil con el hilo y la aguja. Un pliegue por aquí, una puntada por allá. Cuando terminó, a Paul le quedaba como pintadito.

“Debería usar este traje mañana para ir a esquiar”, dijo.

A menudo, Paul iba a esquiar con sus amigos. Pensó cómo sería usar el traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito para ir a esquiar. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué dirían sus amigos? Quizá pensarían que el amarillo es un color tonto para esquiar. Se vería como una pradera de girasoles sobre la nieve. Todos sus amigos usaban trajes de esquí rojos o azules. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza.

Al fin Paul suspiró y dijo: “Yo también estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza”.

Emil contuvo la respiración. “Dejen que Emil se pruebe el traje”, dijo Paul.

Así que Emil se probó el traje amarillo mostaza. Emil era tan robusto como Paul, pero

más bajo. Los puños de la chaqueta le cubrían las manos y el largo del pantalón se arrugaba en sus zapatos. Pero Mamá Nix hizo un pliegue por aquí, una puntada por allá. Cuando terminó, a Emil le quedaba como pintadito.

“Debería usar este traje mañana en la competencia de trineos”, dijo.

Emil era parte del equipo de trineos de Winkelburgo. Una vez al mes el equipo competía contra el equipo del pueblo del otro lado de la montaña. Pensó cómo sería usar el traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito en la competencia de trineos. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué dirían sus compañeros de equipo? Quizá pensarían que quería presumir el traje amarillo mostaza. Se vería como un rayo yendo cuesta abajo por la pista. Todos sus compañeros de equipo usaban chaquetas cafés con cremallera y pantalones cafés. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza.

Al fin Emil suspiró y dijo: “Yo también estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza”.

Otto contuvo la respiración. “Quizá el traje le quede bien a Otto”, dijo Emil.

Así que Otto se probó el traje amarillo mostaza. Otto era casi tan alto como Emil, solo que no tenía la espalda tan ancha. La chaqueta le quedaba un poquito floja. Pero Mamá Nix hizo un pliegue por aquí, una puntada por allá. Cuando terminó, a Otto le quedaba como pintadito.

“Debería usar este traje mañana para ir a repartir periódicos”, dijo.

Otto entregaba periódicos en su bicicleta. Pensó cómo sería usar un traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito en su ronda de entrega de periódicos. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué dirían sus clientes? Quizá pensarían que el traje era muy elegante para un chico del periódico. Podría salpicarse lodo o empaparse en la lluvia y qué lástima sería. Todos los demás chicos del periódico usaban sus ropas viejas cuando repartían periódicos. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza nuevecito.

Al fin Otto suspiró y dijo: “Yo también estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza”.

Walter contuvo la respiración. “Si el traje me queda a mí, seguro le queda a Walter”, dijo Otto.

Así que Walter se probó el traje amarillo mostaza. Walter era un poco más bajo que Otto y un poco más delgado. Pero Mamá Nix hizo un pliegue por aquí, una puntada por allá. Cuando terminó, a Walter le quedaba como pintadito.

“Debería usar el traje mañana para ir a pescar”, dijo.

A menudo Walter iba a pescar en hielo al Lago Winkelburgo durante el invierno. Pensó cómo sería usar un traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito para ir a pescar. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué pensarían los peces? Quizá el traje los ahuyentaría. Brillaría a través del hielo como un sol brillante. Todos los demás pescadores usaban trajes verdes en el verano para que los peces los confundieran con las hojas, y trajes cafés en invierno para que los peces los confundieran con los troncos y ramas. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza.

Al fin Walter suspiró y dijo: “Yo también estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza.

Hugo contuvo la respiración. “Quizá a Hugo le gustaría usarlo”, dijo Walter.

Entonces Hugo se probó el traje amarillo mostaza. Hugo era mucho más bajo que Walter, pero Mamá Nix hizo un pliegue por aquí, un tijerazo por allá y cosió una bastilla. Cuando terminó, a Hugo le quedaba como pintadito.

“Debería usar el traje mañana para ir de caza”, dijo.

Hugo seguido iba a cazar zorros en el bosque en la montaña de Winkelburgo, porque los zorros se robaban las gallinas gordas de Winkelburgo. Pensó cómo sería usar el traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito para ir a cazar zorros. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué pensarían los zorros? Quizá se esconderían en un hoyo y se burlarían de él. Los botones de bronce brillarían como linternas desde lejos y advertirían a los zorros que él venía. Todos los demás cazadores usaban trajes de camuflaje para que los

zorros no pudieran verlos tan fácilmente entre las sombras del bosque. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza.

Al fin Hugo suspiró y dijo: “Yo también estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza”.

Johann contuvo la respiración. “Hay que ver cómo le queda el traje a Johann”, dijo Hugo.

Así que Johann se probó el traje amarillo mostaza. Johann era más bajo y llenito que Hugo, pero Mamá Nix dio un tijerazo por aquí, cortó por allá y recorrió los botones de la chaqueta. Cuando terminó, a Johann le quedaba como pintadito.

“Debería usar este traje mañana para ordeñar a las vacas”, dijo.

Johann se turnaba con sus seis hermanos para ordeñar las vacas de Papá Nix. Pensó cómo sería usar traje de lana, amarillo mostaza, suave y nuevecito para ordeñar a las vacas. Nunca se había visto en Winkelburgo un traje como ese. ¿Qué pensarían las vacas? Quizá lo confundirían con una paca de heno amarillo y le mordisquearían el cuello. Todos los demás usaban overoles azules para ordeñar a las vacas. Ninguno de ellos usó jamás un traje amarillo mostaza.

Al fin Johann suspiró y dijo “Incluso yo estoy muy grande para usar un traje amarillo mostaza”.

Max no se aguantaba las ganas de dar saltos de alegría, pero no movió ni un pelo y esperó a ver qué sucedía.

“Max no tiene traje”, dijo Johann.

“¡Vaya!”, dijo Papá Nix.

“¡Cielos!”, dijo Mamá Nix.

“Sí, que Max use el traje”, dijeron todos, asintiendo y sonriendo.

Así que Max se probó el traje amarillo mostaza. Max era el más bajo y delgado de todos los hermanos Nix, pero Mamá Nix dio un tijerazo, una puntada, hizo unas bastillas y movió unos botones. Cuando terminó, a Max le quedaba el traje como mandado a hacer.

“Me pondré el traje”, dijo Max, “hoy y mañana y pasado mañana”.

Max fue a la escuela en su traje amarillo mostaza. Caminó muy recto y se sentó muy erguido y al poco tiempo todos los niños de la escuela querían tener un traje como que usaba Max. Entonces, aunque nunca se había visto un traje como ese en Winkelburgo TODO ESTABA BIEN.

Max fue a esquiar en su traje amarillo mostaza. Se resbaló y se deslizó de pompas, pero la tela del traje era muy resistente y no se rasgó, así que

TODO ESTABA BIEN.

Max anduvo en su bicicleta en su traje amarillo mostaza. Lo agarró la lluvia, pero las gotas se resbalaban del traje suave como gotas sobre las plumas de un pato, así que

TODO ESTABA BIEN.

Max fue a pescar al lago congelado en su traje amarillo mostaza.

Los peces nadaron a la superficie para ver qué era lo que resplandecía al otro lado del hielo y Max pescó suficientes para la cena. El traje se llenó de escamas, pero todos estaban tan ocupados admirando los peces que ni se dieron cuenta, así que

TODO ESTABA BIEN.

Max fue a pasear en trineo con su traje amarillo mostaza. Se volcó un par de veces y aterrizó en un montículo de nieve, pero la lana del traje era muy calentita, así que

TODO ESTABA BIEN.

Max fue a cazar zorros con su traje amarillo mostaza. Un zorro vio algo amarillo entre los árboles y pensó que eran las gordas gallinas amarillas de Winkelburgo. Empezó a salivar y se acercó corriendo. Max lo atrapó. Se le cayó un botón de bronce entre los arbustos, pero el botón brilló como una estrella en la oscuridad del bosque y lo encontró, así que

TODO ESTABA BIEN.

Max ordeñó a las vacas en su traje amarillo mostaza. El color alegre del traje hizo que las vacas soñaran con hierba y margaritas en praderas primaverales y que mugieran de la

alegría. Cuando Max terminó de ordeñarlas tenía tres cubetas llenas de la leche más cremosa jamás vista en Winkelburgo. Se atoraron algunas ramitas de heno en el traje, pero el heno era amarillo y el traje era amarillo y no se notaban, así que

TODO ESTABA BIEN.

Max caminó de aquí para allá y de allá para acá por todo Winkelburgo en su traje amarillo mostaza. Cuando Max pasaba, el carnicero y el panadero, el pescador y el profesor, el herrero y el carpintero, el cartero y el bombero, la dentista y la florista, el soldado y el abogado todos se asomaron a la puerta y a la ventana.

“¡Miren!”, murmuraban entre ellos. “Ahí va Maximiliano con su maravilloso traje”.

Y los gatos de los callejones y los perros de las calles adoquinadas de Winkelburgo lo seguían de aquí a allá ronroneando y gruñendo con admiración por Max Nix en su

maravilloso

traje

de lana

AMARILLO MOSTAZA

suave y

nuevecito

En el que TODO ESTABA BIEN.